

## “Último encuentro con Miguel Espinosa”

Alfredo Montoya

Diario *La Verdad*, 4 de abril de 1982

Con dos cafés delante, pasamos charlando la tarde del martes. Ya la muerte le había tendido su lazo, y ninguno de los dos lo supimos ver.

Hablamos, como siempre, de escritura y palabras; y de cómo las palabras deben retratar las cosas. Hablamos, como siempre, de personas y actos, de cómo las acciones cristalizan irreparables a sus autores.

Hablamos de escritores; de escritores grandes como Balzac, como Tolstoi, como él mismo. Me repitió la razón de su narrar: hablar con Dios, que es tanto –me aclaró una vez más- como hablar con el mundo.

Bebió su café a pausados sorbos, tan ajeno a la prisa. Habló largamente y con exactitud, con la grave seriedad de moralista en los ojos escrutadores y los labios delgados. Una línea de sombra trazaba frontera en su rostro misterioso, mientras fluía su suave palabra opaca.

Al salir del café, nos sorprendió una lluvia intensa.

En Santo Domingo tomamos un taxi y, en el camino, me habló de un proyecto generoso que me concernía, y del que ya soy único testigo. Nos despedimos hasta pronto, con las palabras triviales de cualquier despedida en tarde de lluvia.

En nuestro último encuentro, hace apenas tres días, me habló Miguel de la desolación que, recién muerta su madre, le causaba la contemplación de las cosas cotidianas. Con desolación, veo este viernes automóviles, escaparates, viandantes alegres, que sobreviven a Miguel Espinosa, el escritor cuya sabiduría le autorizaba a esgrimir una severa arrogancia.